

DIA VEINTE Y DOS.

LA ALBAHACA,

Ó SEA:

LA POBREZA.

Beati pauperes spiritu.
 Bienaventurados los pobres de espíritu.
 (MATTH. V. 3).

A vosotros ¡oh pobres! que vivís entre la miseria y las penalidades; á vosotros, especialmente, se dirige esta noche mi voz, que será voz de consuelo y de aliento; á vosotros también ¡oh ricos! que poseéis abundantes bienes terrenales, va dirigida mi palabra, que será palabra de amonestacion, de desengaño y de importante doctrina.

Entre las místicas plantas que crecen lozanas, y florecen sin cesar en toda edad, en todo tiempo y en toda estacion, en el jardin Mariano, escojo una, esta noche, y, gozoso, os la ofrezco, agraciada, olorosa y aromática. Dicha planta no se distingue por la majestad de sus tallos, la amplitud de sus hojas, la viveza de sus tintas, ni la majestad de sus flores. ¡Oh! sucede todo lo contrario. Sus tallos alcanzan poca elevacion; sus hojas, aún en el máximun de su desarrollo, son pequeñas, no la embellece color alguno, sólo la adorna su blancura; y acaso en la naturaleza entera, no existan flores tan diminutas como las suyas. Esa planta es notable por la multiplicidad de sus tallos, los cuales forman, con sus hojas, un preciosísimo penacho, coronados de una espiga de blanquísimas flores: acaso ella pasaría desapercibida á vuestras miradas, sinó os indicára su existencia la suavísima fragancia que de sus flores se desprende, lo mismo que de sus carnosas hojas.

¿Entendeis, cristianos, pues, de que planta quiero hablaros? ¿No oís su sublime y elocuentísima voz? Pues bien; esa planta es la

Albahaca, mis amados hermanos; la humilde Albahaca, que nos atrae por lo agraciado de sus formas, nos deleita por la humildad de su colorido, y nos arrebatada por la delicia de sus perfumes; y no cesa jamás con la pobreza de sus hojas y la oscuridad de sus flores, de enseñarnos á todos el desprecio de las mundanales riquezas; el olvido de los bienes de este mundo, el deseo de la cristiana pobreza, y el amor de la indigencia y la miseria. Y ¿qué son, señores, los bienes de este mundo? Son lodo, barro miserable, y nada más; pues, si es verdad que ellos sirven de algo en este suelo, también lo es, que sólo sirven para hacernos siempre más espinoso y más difícil el camino del cielo; para disminuir ó borrar, enteramente, el número de nuestros merecimientos, alejándonos á cada instante de la senda y de la imitacion de Jesucristo.

¿Me equivoco yo, por ventura, en este instante, oh cristianos? Examinad las sagradas Escrituras; fijese un momento vuestra atencion, precisamente, en el capítulo veinte y uno de Job. El paciente de Idumea pregunta: ¿por qué existen los impíos sobre la tierra? *¿Quare impii vivunt?* Meditad bien la respuesta ¡oh cristianos! Viven, porque son ricos; porque tienen un apoyo en sus bienes: *Sublevati sunt, confortatique divitiis*. Pues bien; ¿por qué los hombres corren con tal avidez en pos de esta única causa de sus delitos? ¿Cómo les veo tan anhelantes y afanosos, echando mano de todo medio para acrecentar sus inícuos tesoros?

¡Ah! dejemos á esos miserables; dejémosles en medio de su codicia de unos bienes, que, aún en la vida presente, no pueden menos de atormentar á sus miserables corazones. Dejémosles en sus inícuos proyectos, pues, nosotros, como hijos y devotos de María, y anhelando imitarla en todas las singulares virtudes de su espíritu, nos honraremos de seguirla, aún en este punto, es decir, en las miserias, las estrecheces y la pobreza de espíritu. Y ¡dichosos nosotros, en este caso! puesto que viviendo felices en nuestra misma indigencia, conseguiremos, por medio de nuestra pobreza, un triple é importantísimo fruto; cual será, precisamente, conforme me propongo demostraroslo, hacernos más semejantes á nuestro Dios Redentor, facilitarnos, inmensamente, el camino de la virtud, y enriquecernos de merecimientos mayores para el paraíso.

¡Pobres! consolaos, pues, en vuestra miseria! ¡Ricos! aprended, cuando menos, la pobreza de espíritu, la cual consiste, precisamente, en mirar con desprecio vuestras propias riquezas; en apartar de ellas los afectos de vuestro corazón. Pidamos esta gracia por intercesion de la Virgen. A. M.

En cuanto á que la pobreza nos hace más semejantes al Redentor, creo que de ello no puede caber duda alguna en nuestro corazon. En efecto; basta echar una mirada á la vida del divino modelo para quedar persuadidos y convencidos de tal verdad. Siendo un Dios de infinita riqueza, cuyos tesoros son, bajo todos conceptos, inagotables, toda vez que Él los dispensa con liberal mano á todas las criaturas, vedle naciendo en un pesebre, careciendo de morada, de lecho, de abrigo, y hasta de lo necesario para volver el calor á sus ateridos miembros, y para fajar su tierno cuerpecito. Este exordio ó preliminar, hermanos míos, ya os explica su vida entera. Vése luego obligado á huir á Egipto; y allí sólo conserva su vida con los sudores y el trabajo de su padre, y con los tiernos y cuidadosos desvelos de su amada Madre. Vuelve á Nazareth, su pátria, y allí, vése precisado Él mismo á atender con su padre, al trabajo de sus manos. Da comienzo á su gloriosa mision; y en los viajes, tiene que recorrer el camino con sus piés santísimos; hacer frente á las necesidades con los socorros del pueblo; cuando se le exige el tributo, carece absolutamente de medios para satisfacerlo; y si lo satisface, es sólo por un milagro de su omnipotencia. Muere, finalmente, clavado en la cruz, falto, no diré ya de un sepulcro donde depositar sus mortales despojos, sinó aún de una sábana para cubrir su desnudez.

¡Ricos y poderosos de la tierra! llenaos, pues, de justa confusión ante ese divino modelo. Y ¿qué semejanza con él pudiera yo hallar en vosotros? ¡Ah! no me digais, que vuestras riquezas son, al fin y al cabo, otros tantos dones que recibisteis de Dios. Es verdad, sí, os los dió el Señor; mas no para que pusierais en ellos vuestros afectos. Os los dió el Señor; mas no para que hicierais de ellos el ídolo de vuestro corazon. Os los dió el Señor; mas ellos no os eximen, ciertamente, de la observancia de aquel precepto, por medio del cual El os ordena seguir sus huellas, pasar por sus humillaciones é imitar sus ejemplos. Él fué pobre, y los pobres, solamente, podrán gloriarse de haber reproducido en sí mismos á su Dios Redentor. No es, no, la posesion de los bienes, lo que en vosotros se reprende; es el amor desmesurado, el desmesurado apego á ellos. Aún en medio de vuestras riquezas, podeis ser pobres, y pobres de espíritu; empero, si no lo sois, ¿qué semejanza pretendierais tener con vuestro Dios?

No creais, sin embargo, tampoco ¡oh cristianos! que por el mero hecho de carecer de bienes terrenales y de vivir en la pobreza, las miserias y la indigencia, podeis estar ya seguros de ser unas copias fieles del Redentor divino. ¡Ah! mis amados hermanos; así como en medio de las riquezas es posible ser pobres de espíritu, así también

lo es, en medio de la pobreza, ser ricos, poderosos y opulentos. ¡Cuántos y cuántos hombres no alimentan en el corazon los más ardientes deseos, respecto de unas riquezas que ellos no poseen! ¡Cuántos y cuántos no aspiran á una envidiada opulencia! ¡Cuántos y cuántos tienen una ambicion mas allá de las riquezas mismas que pueden adquirirse, por innumerables que éstas puedan ser!...

Pues bien, esos tales, hermanos míos, por más que se sientan afligidos por una absoluta indigencia; por más que carezcan de todo medio de subsistencia, esos tales son ricos, sin embargo; son ricos en su corazon, ricos en sus afectos, ricos en sus deseos. De ahí, que sean doblemente infelices; infelices, por no resignarse con su suerte; é infelices, igualmente, por no asemejarse en nada á aquel divino prototipo, que, no obstante, pudieran representar tan fácilmente en sí mismos.

Aprended ¡oh cristianos! aprended, pobres y ricos, aprended de María, la manera de asemejarse por medio de la pobreza, á nuestro Maestro Jesucristo. María, descendiente de la real extirpe de David, hija de ilustres sacerdotes y pontífices, ¡oh! no carecía, ciertamente, en su casa de bienes, tesoros y riquezas. Y de ellas gozó mientras vivió con sus padres; y de ellas disfrutó mientras permaneció al lado de los autores de su vida; mas su corazon, aún en aquella tierna edad, aún en aquellos primeros albores de su vida, no se deleitaba de ningún modo en esas mundanas grandezas. Y á fin de que apareciera ya, claramente, el aprecio que hacia de ellas en el interior de su espíritu, cuando sólo contaba tres años, cual humilde Albahaca, que sólo se gloria de la pobreza de sus hojas, y sólo se envanece de la oscuridad de sus flores, las abandonó; y las abandonó, no con una simple renuncia, sinó con un acto solemne, con un voto, si hemos de dar fé á varios acreditados escritores. Y una vez libre de tales lazos, no creais que se arrepintiera del hecho, y se doliera de él en su interior. ¡Oh! más bien regocijábese por ello en su corazon. Y cuando más apremiantes eran las necesidades, cuando más sentía las estrecheces en el pesebre de Belen, en el camino de Egipto, y en su morada de Nazareth, consolábase pensando, que así era más semejante á aquel Dios, que habia escogido la pobreza por compañera, bien que estuvieran en su mano todos los bienes, y todas las riquezas de la tierra. Y de ello os suministra una clara prueba la generosa distribucion que hiciera nuestra Madre de los dones que recibió de los Magos, apénas los tuvo en sus manos santísimas.

Atendidas tales razones, ¿qué extraño, pues, que Ella caminara con tal desembarazo por el áspero y difícil sendero de la virtud? ¡Qué

mucho, que fueran tan admirables sus progresos en la santidad de su espíritu?

¿Cuál es, pues, amados hermanos, el obstáculo, que se opone á nuestra perfeccion? ¡Oh! bien claro lo dice el Señor, cuando nos manifiesta, que aquellas espinas que ahogaron los gérmenes de la esparcida semilla, no significan otra cosa que los bienes terrenales y las mundanales riquezas. Sí, cristianos; espinas son, ciertamente, las riquezas; espinas, que esparcidas sobre el suelo, impiden á nuestros piés pasar adelante; espinas, que punzando nuestro corazon, lo dejan miserablemente lacerado y desgarrado. ¡Y de cuántas culpas no son la única causa las mundanales riquezas! ¿No son ellas, acaso, las que ocasionan el desprecio hácia los desgraciados, el amor desordenado respecto de las propias comodidades, el incesante deseo de gozar de todas las delicias de la tierra? ¿No son ellas las que inspiran aquellas malas artes para derribar á nuestros émulo: aquellos inicuos procedimientos para despojar á nuestros clientes; aquellos diabólicos manejos para engañar á la viuda? Quitad, pues, de este mundo las riquezas; haced que cese el afan de acumularlas, y decidme: ¿dónde se vieran tales iniquidades? Ó por decirlo mejor, ¿qué virtudes no vierais florecer, unánimemente, en todos los cristianos? Entónces les fuera más fácil amarse unos á otros, por no existir ya el motivo de la envidia. En este caso, pudieran socorrerse más fácilmente en sus mútuas necesidades, porque no se sintieran ya ávidos de atesorar; fuéales más grata la sociedad de la vida, porque estuviera abolida aquella presuncion, que tanta diferencia establece entre el mendigo y el rico. De la pobreza nacieran los corazones generosos, las manos dadivosas y las almas compasivas. Y entónces la oracion no se viera distraida por ambiciosos proyectos; ni el fervor fuera disminuido por desgarradores pensamientos; ni la virtud fuera impedida por incesantes sospechas. El corazon, ya más desahogado, pudiera recibir con mayor abundancia las inspiraciones del cielo; el alma, más libre, pudiera atender con mayor ahinco el amor de su Dios; la razon, más serena, pudiera más fácilmente ocuparse en la contemplacion de las cosas celestiales. Y la paz con Dios, la paz consigo mismo, y la paz con el prójimo, sería el vínculo que uniera los corazones, el manjar que sustentara las almas, el manto que cubriera á los seres venturosos que vivieran en tales disposiciones.

¡Oh pobreza, preciosa pobreza! ¿por qué, pues, eres tú, tan despreciada en estos días sobre la tierra? ¿Cómo los hombres no comprenden tu verdadera grandeza, los bienes, verdaderamente inmensos, que te acompañan en todas partes? Mas gloriáte, sin embargo,

pues si los hombres te rechazan, no te consideró como vil, ciertamente, la Madre de Dios, la Reina y soberana de la tierra y cielo.

Bien claro habeis visto ya ¡oh cristianos! como esa Madre santísima cifraba las delicias de su corazon en esa sublime virtud. Ella la amó, precisamente, porque conoció su inmenso valor y sus numerosas ventajas. Ella la amó, porque vió que en ella consistía la perfeccion de su espíritu. Ella la amó, porque la consideró cual medio para alcanzar la santidad y la virtud. Y héla aquí, por tal causa, viviendo olvidada de todo cuidado terrenal, atenta, únicamente, al servicio de su Dios. Sus afectos no se hallan divididos con la tierra, y por eso todos ellos van dirigidos hácia el Cielo. Y si un soberano decreto la llama á Belen, bien puede Ella durante el viaje conversar con su Dios, toda vez, que su entendimiento no se halla preocupado por pensamiento alguno de adquirir riquezas; si José le ordena una repentina partida hácia Egipto, bien puede ella partir solícita, puesto que no posee objeto alguno que deba guardar ni defender: su tesoro es Jesús, y el arca para custodiarlo, una pobreza la más extremada. Empero, allí, precisamente, en esa arca esmaltada y cubierta enteramente de olorosa Albahaca, es donde Ella halla la paz de su corazon, el gozo de su alma, la felicidad de su espíritu. En la pobreza encuentra el estímulo, el medio para ejercer la virtud; y de ahí, que siendo siempre más facil para Ella su ejercicio, pueda continuamente gloriarse de un aumento de méritos y de riquezas para el cielo.

Y hé ahí, carísimos hermanos, de que manera la cristiana pobreza puede conducir, finalmente, á las riquezas; á las riquezas más considerables, más verdaderas y más permanentes.

No es posible negar, sin embargo, que la pobreza nos impone privaciones, sacrificios y sufrimientos; y unos sufrimientos, muchas veces, los más duros, unos sacrificios los más grandes, unas privaciones las más dolorosas. Privados de aquellos recursos, que, únicamente, pudieran prestarnos auxilio sobre la tierra, ¿cuántas veces el necesitado, no se halla reducido al extremo de ver que le faltan la proteccion de los poderosos, el apoyo de sus superiores, y la justicia de sus semejantes? ¿Cuántas veces no siente, que carece de lo más preciso respecto de su subsistencia, de su habitacion y de su vestido? ¿Cuántas veces, hallándose afligido por las enfermedades, se le niega el remedio saludable, el consuelo de que alguien le asista, y aún los consejos de aquella persona que pudiera interesarse por su vida? Y tratándose todavía de aquellos que, no siendo pobres, en realidad, sinó en su espíritu, tuvieran medios, sin embargo, para poder vivir con decencia; ¿cuántas privaciones no tienen que sufrir, igualmente, por la

voluntaria pobreza? Aquellas mayores comodidades que ellos pudieran procurarse, y que, no obstante, desprecian; y aquellas honrosas prosperidades que estuviera en su mano el conseguir, y de las cuales, á pesar de todo, ni siquiera se acuerdan; ¿no son, acaso, otras tantas privaciones, á las cuales ellos mismos espontáneamente se sujetan?

Y tantos sacrificios ¡oh cristianos! tantas privaciones voluntarias, ó soportadas con paciencia, ¿creyerais, por ventura, que han de quedar sin premio, ni galardón alguno en el Cielo? Aquel Dios, que llamó bienaventurados á los pobres de espíritu, precisamente, porque decía, que para ellos estaba reservado el paraíso; aquel Dios, que al rico Epulon le mostró á Lázaro en el seno de Abrahán, precisamente, porque había vivido en la más extremada miseria; ese Dios ¿no tendría en cuenta nuestra pobreza, dejaría de recompensar, equitativamente, nuestras obras, nuestros padecimientos nuestros sacrificios? ¿Será, por ventura, tan generoso y compasivo para remunerar con el céntuplo una simple gota de agua; será tan justiciero, que tenga en cuenta hasta la más insignificante palabra ó expresión, y se olvidará de un estado, que á El mismo le costó tantas penalidades, tantas angustias y tantos dolores?

¡Ah! no temais, oh pobres de espíritu! Vuestro es el reino de los cielos: *vestrum est regnum Caelorum*. (Luc. vii, 20). Es vuestro, por el ejercicio de aquellas virtudes que vuestro propio estado os facilita. Es vuestro, por aquellos sacrificios que os imponen vuestras propias miserias. Es vuestro, porque siendo semejantes en este punto á vuestro Dios, teneis un derecho mayor á ser semejantes á Él, igualmente, en la gloria. Y por lo tanto, vuestro será por una participacion proporcionada á vuestros propios merecimientos; vuestro será por un goce proporcionado á los sacrificios impuestos por vuestra propia pobreza; y vuestra será, por último, por una dicha, tanta mayor, cuanto más grande hubiera sido, por otra parte, vuestra pobreza sobre la tierra.

¡Oh! bienaventurada Aquella, que os demuestra esa verdad con su propio ejemplo! Aquella, que manteniéndose inquebrantable en la tierra respecto de la pobreza de su espíritu, alcanzó, por tal medio, un insondable piélago de gloria en el Cielo! Grandes fueron, en verdad, los sacrificios y padecimientos que soportó María por la pobreza, allá, en el pesebre de Belén, al ver que su Dios carecía de todo; y mayores fueron todavía, cuando, hallándose entre unos pueblos bárbaros, no sabía bajo qué techo debía guarecerle, con cuáles recursos debía sustentarle, y cómo debía socorrer sus necesidades; y su cora-

zon lloraba entónces, no por sí misma, sinó por su Amado; y su corazón afligíase, igualmente, cuando le veía prestando ayuda con sus omnipotentes manos, á su esposo, en el cotidiano trabajo, encaminado á procurarse lo necesario para la vida. Empero, todas las lágrimas que derramaba María por su pobreza, convertíanse en otras tantas perlas, que un día debían coronarla en el Cielo. Y ¿quién fuera capaz de imaginar siquiera, cuánta gloria proporcionaron á María aquellos suspiros que exhalara su corazón al regreso de Egipto, cuando veía á su hijo Jesús, obligado por la pobreza, á hacer por sus propios piés tan penoso viaje? ¿Quién pudiera calcular?... Mas yo no acabara, ciertamente, jamás ¡oh cristianos! si ahora quisiera referir en toda su extension, lo que padeció y soportó María, únicamente á causa de su extremada indigencia, y el fruto abundantísimo, por lo tanto, que Ella reportó, por tal motivo, en méritos, respecto de esta vida, y de recompensa respecto del Cielo.

¡Oh! en lugar de ello, contentémonos con admirarlos, mis amados hermanos; y movidos por tan nobles ejemplos, aprendamos de una vez á despreciar el miserable barro de esta tierra; aprendamos á desprender nuestro corazón de todos aquellos objetos, que no pueden servir más que para degradarlo y envilecerlo; aprendamos á amar aquella sublime virtud, que, tan admirablemente, puede hacernos semejantes á nuestro divino Redentor; que, tan admirablemente, puede facilitarnos el sendero de la virtud, y hacernos ricos en méritos y en gloria, en el Cielo. El ejemplo ¡oh cristianos! no puede ser más convincente y manifiesto. ¡Oh! desdichados de nosotros, si cual insensatos, lo desechamos de nuestro corazón! En tal caso, semejantes al desventurado Epulon, que alcanzó las mundanales riquezas á trueque de la miseria eterna más extremada, tuviéramos que pagar en el fuego el loco amor de un miserable barro, de unos bienes, que fueron sombra, corrupcion y engaño.

¡Ah! ábranse, pues, ya nuestros ojos, amados hermanos; y aterrados por aquella tremenda sentencia, con la cual el Salvador nos declara, que la salvacion de los ricos es difícil; aprendamos, si fuéramos pobres, á no codiciar las riquezas; y si fuéramos ricos, á servirnos de los bienes de este mundo en provecho de nuestra alma, con lucro de nuestro espíritu, con usura para la bienaventuranza eterna.

Y Vos ¡oh María! que no desdeñasteis plantar la humilde Albahaca, símbolo de la pobreza de vuestro espíritu, en vuestro jardín, enriquecido con toda suerte de flores, y bello por tanta fecundidad de gérmenes; enseñadnos la estima en que debemos tener los bienes de este suelo miserable. Y cuando, aleccionados por Vos, los háyamos

pospuesto á la sabiduría del espíritu, confirmadnos en los propósitos hechos por la esperanza de un premio, de un galardón y de una riqueza eterna. Y ¿qué bienes pudiéramos conseguir con nuestras riquezas? Trabajos, inseguridades, gemidos, preocupaciones; agitaciones, no solamente temporales, sino duraderas y eternas. ¡Oh! no permitais, pues ¡oh Madre Santísima! que incurramos en tan funesta desgracia. Nosotros lo hemos prometido mil veces; queremos ser hijos vuestros; hijos vuestros, no sólo en la imitación de las demás virtudes, sino aún en la pobreza de vuestro espíritu.

DIA VEINTE Y TRES.

LA TRINITARIA,

Ó SEA:

EL MISTERIO DE DIOS UNO Y TRINO (1).

*Dominus Deus verus est: ipse Deus vivens
regnat sempiternus.*

El Señor es el Dios verdadero: él es el
Dios vivo y el rey sempiterno.

(JER. X. 10).

¡Oh estupendo é inefable misterio de la Fé cristiana; de la Religión cristiana! Un Dios sábio, infinito, y perfectísimo, que vió el principio de los siglos, y que entónces ya existía *ab æterno*; un Dios sábio, infinito y perfectísimo, que verá, un día, el complemento y el fin de los siglos, y que durará eternamente; un Dios sábio, infinito y perfectísimo, que todo lo abraza con su inmensa naturaleza, una, singular, y simplicísima: una, pero en la que reconocemos tres Subsistencias; singular, comun á tres Hipóstasis; simplicísima, pero en tres Personas distintas. ¡Oh misterio el más profundo, el primero de los

(1) Este sermón fué predicado en el solemne día de la Santísima é indivisa Trinidad.

misterios! Él es la seña de la Religión cristiana, el fundamento de aquella Fé, que predica un Dios, é inculca un Bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo!

¡Oh pueblos todos de la tierra, naciones, tribus y gentes, que vivís diseminados por el universo! llenos del más profundo respeto y de la más profunda veneración, doblad, reverentes, al suelo la rodilla: adorad á vuestro Dios; admirad su grandeza; pedid su amor.

Empero ¡oh cristianos! ¿acaso hubiera yo olvidado ahora, que estamos recorriendo el jardín de María? ¡Ah! no creais tal, mis amados hermanos! Una flor, que de improviso se ofrece ante mi mirada, y que de repente viene á exaltar mi imaginación, me anima, me mueve y me impulsa, en este instante, á hablar del asunto, que acabo de indicaros en el exordio de mi discurso.

¡Oh flor admirable! Y ¡de qué encantos no te revistes, qué misterios tan sublimes no nos descubres, y qué arcanos tan insondables no nos revelas! Examinadla atentamente, hermanos míos, su nombre mismo ya os la describe. Es la flor... mas, ántes, inclinad con reverencia vuestra frente, purificad vuestros oídos, á fin de que yo pueda pronunciar dignamente ese nombre sacrosanto: es la flor Trinitaria. Héla aquí: ella crece en lo más alto de los collados; las Rosas la rodean, las Azucenas la embellecen, los dorados Botones la circuyen, y las Verónicas más majestuosas y agraciadas la engalanan. Su tallo es variado y nudoso; sus hojas son tres, dispuestas, alternativamente, y á cierta distancia una de otra; y de un sólo tallo surgen tres ramillos inferiores simplicísimos, y sobre estos tres ramillos, aparecen, igualmente, otras tantas flores, que se abren cada tres días; y cada una de esas flores posee una corola dividida en seis pétalos, tres de ellos interiores, y los otros tres exteriores; y los tres pétalos distínguense por tres colores distintos, á saber, amarillo encendido, rojo vivo, y blanco, de fulgido candor; y las tres ramas filiformes hállanse divididas en tres distintas; y adornan dicha planta tres estambrecillos reunidos en uno solo.

¡Oh flor misteriosa sobre todas las demás! flor que nos simbolizas á Aquella, que, tiñéndose de triple color sobre la tierra, adoraba con su amarillo el poder del Padre, admiraba con su blanco la sabiduría del Hijo, y deleitábase con su rojo en el amor eterno! ¡Oh! tiene esta noche, con esos colores, nuestros miserables pechos, nuestros miserables corazones! Sí, mis amados hermanos; hé aquí lo que nos dice esa misteriosa flor, hé aquí el ejemplo que nos ofrece esta noche nuestra Madre María. Adorar el poder, admirar la sabiduría, é invocar el amor de nuestro Dios, uno en su naturaleza, trino en las personas,